

resucitar como Cristo, y subir como Cristo á los cielos, y sentarnos en tronos de gloria y grandeza con sus ángeles.

Hay, pues, una vida gloriosa é inmortal á que el hombre está destinado despues de esta corta peregrinacion. Hé aquí el dogma consolador, dogma de la fé, dogma de nuestra razon, dogma en cierto modo instintivo del hombre, pues no parece sino que todo nuestro instinto está circunscrito á vivir eternamente. ¡Qué! ¿Habria sido Dios tan mezquino que, habiéndonos criado tan perfectos, no hubiese hecho esta obra maestra sino para unos cuantos momentos? ¿Habria sido tan cruel que, siendo nuestra alma tan noble, nuestro corazon tan grande y nuestros deseos tan inmensos, les hubiese puesto un valladar tan corto como el de la vida presente, cuando nosotros aspiramos á lo eterno, á lo infinito, á lo interminable? Aun prescindiendo de la voz divina, que nos enseña esta verdad, convidándonos con los goces eternos, encuentro yo en el fondo de mi razon un motivo de desconsuelo en todo lo que me rodea, y sólo veo la aurora de la paz y alegría cuando lanzo una mirada intelectual al porvenir. Examino la vida presente, y no puedo ménos de preguntarme á mí mismo: «¡Qué! Esto que llaman vida, ¿lo es en realidad?» Y todo está de acuerdo para decirme que no. Sigue hablando mi razon, y dice: «¡Cómo! ¿Es posible que yo me eleve en un momento hasta lo más encumbrado del cielo, que penetre hasta los abismos, que recorra todos los espacios, que discurra con sutileza, que esté en analogía y afinidad con los ángeles y en relaciones con Dios, y no he de vivir más que unos cuatro ó seis lustros sobre la tierra, sin otra vida ni otro porvenir donde pueda yo extender los vuelos de mi inteligencia con más libertad y gozo que el águila al subir de los valles á las nubes?» Y mi razon se contesta á sí misma y se consuela diciendo: «No es posible; hay otra vida más allá del sepulcro, vida

gloriosa é inmortal.» Por esto dije, amados míos, que este dogma era dogma instintivo del hombre, dogma de la razon; porque ésta no encuentra contradiccion alguna entre sus luces y las del dogma; si examina los demás artículos de nuestra creencia, los halla conformes á la razon; mas el dogma de la vida venidera no lo examina, ni lo puede rechazar, á no hacerse una horrible violencia; lo bueno lo acepta, lo abraza como cosa propia, y á Él se agarra fuertemente la razon humana como á una áncora, diciéndole: ¡Oh dichosa inmortalidad! tú eres mi suerte y mi herencia; naufragará la naturaleza visible entre las más horribles tormentas; el polvo y la nada serán el único patrimonio de la materia; mas yo soy semejante á Dios; quiero vivir, y vivir eternamente; este lenguaje es de mi razon; por consiguiente, es también de la vuestra; es el de toda la humanidad que profesa este dogma de la vida eterna, como el único y verdadero bálsamo que cierra las heridas que la postráran desde el principio por el pecado.

¡Ah! Por corrompido que esté el mundo, por falsos y erróneos que sean los principios que hoy la ciencia vana quiere radicar en la sociedad, nunca desaparecerá el buen sentido comun, que existe en el fondo de la humanidad; porque si los hombres son perversos, la humanidad no lo es. ¿Podrá, pues, dar el buen sentido comun nombre de vida verdadera á la presente? No; la vida, para que merezca este nombre, ha de ser feliz, y para ser feliz ha de ser estable. ¿Quereis, pues, que llamemos vida á la muerte? No; el buen sentido comun no lo permitirá jamás. Pues bien, señores; preguntad á todos los hombres cuántos son los días de su peregrinacion en la tierra, y os dirán lo que contestó Jacob al rey de Egipto: «Pocos, y malos.» Mirad á aquel desgraciado hijo de Adán; no tiene apenas más que los huesos y la piel, pues la miseria lo ha reducido al estado de un espectro animado; la dura tierra es su le-

cho, y su capa el cielo; á su lado pasan transeuntes en todas direcciones; á todos dirige sus ecos sepulcrales; á todos extiende sus manos yertas pidiendo en vano un socorro á corazones endurecidos. Pasad más allá. ¡Ay! En lóbregas moradas se oyen rugidos horrendos, mezclados con el ruido de pesadas cadenas, bajo cuyo peso gime el galeote expiando sus crímenes, ó quizá sufriendo una injusta condena. Allí, á la sombra de un triste sauce, se ve cubierta de luto, reclinada sobre un frío mármol, extática, llorosa, una infeliz mujer; el dolor la tiene enajenada; quisiera poder levantar la pesada losa y dormir para siempre al lado de aquel que depuso el lauro del himeneo por cubrir su frente con las sombras de la pira. Aquí hay un anciano venerable, una madre tierna... ¡desgraciados! todo el fruto de su amor era un hijo, en cuya educación empleáran sus años y sus caudales, para tener en su vejez un firme apoyo; este hijo acaba de espirar, cubriendo para siempre de luto á dos corazones que á duras penas pueden sobrevivir á tamaña desventura. ¿Y por qué he de excitar vuestra sensibilidad al recordar la triste suerte de esos niños inocentes que, sin haber aún podido conocer á sus padres, pasan á las manos de un extraño, sin amor, sin interés, sin lazos de caridad ó de sangre? Señores, ¡qué! ¿esto puede llamarse vida?

Pero quizá me acusareis de mirar las cosas por la parte más repugnante y triste; me direis que no considero la vida humana sino por la más desafortunada faz, por la pobreza y miseria, por las penas y suplicios, por las orfandades y desamparos, reduciendo á un cuadro oscuro y limitado una gran série de hechos que se representan en horizontes risueños, amenos, deliciosos, encantadores. Salgan, pues, á luz los hombres dichosos del mundo; aparezcan esas personas á cuyas plantas se han visto postrados mil veces los adoradores, adulando á una belleza altanera que constituía su dicha en prolongar por

muchos años el sacrificio que veía representarse á sus ojos, siendo ella el ídolo. Hablen los héroes, los sábios, los generales, los príncipes: ¿viven acaso más ó mejor que aquellos que han pasado desapercibidos en el mundo? No ciertamente. Yo llamaria vida feliz á la del rico si no supiese las continuas zozobras en que vive su corazón, ora temiendo los caprichos de la fortuna, ora los azares del comercio, ora las asechanzas de un adversario, ora la atrevida mano del asesino. Yo llamaria feliz al sábio si no supiese que su espíritu se encuentra siempre como prensado, pues cuanto más sabe, tanto más ignora, no pudiendo conocer ni una sola tésis, ni una sola verdad natural ó filosófica en toda su latitud; lo llamaria aún feliz si no supiese que apenas ha existido un solo sábio que no haya tenido émulos, detractores, calumniadores, enemigos que quisieran sojuzgarlo, no para saber más que él, sino para recibir en su lugar los vapores de la adulación mundana. Diríamos que fueran felices los héroes si no supiéramos que un renombre de pocos días les costará mil sacrificios, que los hicieran muy desgraciados en sí mismos, al paso que eran dichosos en el concepto de los otros. Canonizaria con el título de bienaventuranza á esa deslumbradora púrpura que cubre los hombros de los príncipes, si no supiese que bajo el brocado no hay más que un mar de amarguras que oculta bajo de sus rayos una pequeña nube débilmente iluminada; yo los llamaria quizá felices si no hubiese visto rodar sus cabezas en un cadalso, si no los hubiéramos visto caer del puesto culminante que ocupaban atolondrados con una conmoción. Yo llamaria, por fin, vida feliz la de esas heroínas de la naturaleza, que á manos llenas han recibido gracias y hermosura, si no supiese que una afección febril es suficiente para marchitarla con más violencia que el viento de la Libia devora la belleza de una flor; si no supiera que los años lo acaban todo, no dejando en

los ídolos mundanos y carnales más que crueles reminiscencias de lo que pasó para no volver más. Y, por fin, yo llamaria feliz á esta vida si, exenta de los infortunios anejos al valle de lágrimas en que vivimos, tuviese firmeza y estabilidad; pero no es así: como si el vivir fuese un crimen, es preciso expiar la vida en la muerte; todos somos víctimas preparadas para este sacrificio; la juventud, la hermosura, las gracias naturales, harán que la víctima esté coronada de flores; pero no por eso dejará de ser víctima que se ha de sacrificar, como aquella que por su vejez se halla ya descarnada.

Desengañémonos, amados míos: una vida tan corta, tan desgraciada y llorosa, no merece el nombre de vida, sino en un sentido natural, mas no en un sentido moral; porque, como dice el sábio Agustin, «no es propiamente vivir, sino morir, el estar circuido y oprimido siempre de aflicciones y de dolor.» Vida verdadera es aquella en que no haya mal alguno, y se posean todos los bienes, de modo que nada pueda desear el corazón; vida verdadera es aquella en que el amor es el vínculo eterno que une á los hombres con Dios y entre sí; vida verdadera es aquella en que se tendrá un conocimiento pleno y perfecto de todas las verdades, pues las ha de ver el entendimiento en Dios. ¡Ah! Si consideramos atentamente, diré con San Gregorio, las cosas que se nos preparan en el cielo, nos parecerán viles todas las que vemos en la tierra. Porque las riquezas terrenas, comparadas con las celestiales, más son carga que riqueza; la vida del tiempo, parangonada con la de la eternidad, mejor puede llamarse muerte que vida. Bien comprendéis que han tenido gran razón los filósofos, los Padres, los teólogos, en llamar á esta vida una muerte prolija, pues la experiencia diaria nos demuestra que es verdad. Bien comprendéis que si no hubiese otra vida que la presente, para un alma espiritual que se nivela con los ángeles, y se asemeja á

Dios, ni Éste fuera misericordioso, ni nuestra razón contraria motivos de amar á un Dios que permitiese que su imagen fuera confundida con el polvo y la nada de la tumba. ¿Qué inferir de aquí, amados míos? Lo que ántes os propuse: la existencia de una vida eterna, no sólo como verdad revelada, sino también como dogma de nuestra razón y de nuestro instinto. Oídme aún por un momento.

Es tan fuerte la propension que tenemos á vivir eternamente en un estado feliz, que aún no ha habido hombre alguno que haya negado la existencia del cielo. Leed la historia de todos los siglos: el fanatismo de los herejes no ha dejado de atacar un solo dogma; las verdades más sólidamente establecidas han sufrido choques horribles, que la falsa razón las dirigiera por medio del sofisma. Pero la existencia del cielo no fué atacada directamente. Encontraremos hombres carnales que quisieran hacer del paraíso un lugar de placeres, pretendiendo tener centuplicados los gozes de que se priváran en el mundo; tales eran los Milenarios y otros cuyos errores pali decieran ante las elocuentes plumas de los Jerónimos y otros Padres antiguos; hallaremos otros que, como Lucrecio y Epicuro, negaban la existencia de la otra vida; por consiguiente, nada parece ser para ellos el cielo á primera vista, nada la vida inmortal, nada las inefables dulzuras de la gloria. Cuando se examinan las obras de los incrédulos de los últimos tiempos, se encuentran enseñadas estas mismas doctrinas, ya á las claras, ya entre raciocinios sofisticos. Pero ¿creeis que los filósofos materialistas han negado jamás la existencia del cielo? No; si en el parasismo de sus locuras han hecho del hombre un sér finible; si han pretendido materializar sus ideas; si han querido confundir su alma entre el polvo del sepulcro, no ha sido porque pretendiesen negar la existencia del cielo, sino la del infierno. Querían entregarse sin

freno á las pasiones brutales, y ahogar las continuas voces de la conciencia, de la razon y de la fé, que enseñan unánimes que no es posible gozar en este mundo los placeres prohibidos y en el otro las dulzuras inefables: y para no sufrir los terrores que esta doctrina inspira, negaron la existencia del mundo futuro, envolviendo en las mismas ruinas el fuego del tártaro y las delicias del empíreo. ¡Ah! ¡Qué senos tan profundos y oscuros tiene el corazon humano! Es preciso estudiarlo mucho para conocerlo, y sobre todo en aquellos hombres que no le dejan obrar sino segun las luces del entendimiento; porque, desengañémonos: el incrédulo no permite que el corazon tenga otras sensaciones que las que el entendimiento le presente, coartándolas ó ensanchándolas, segun las circunstancias lo exijan. No así el creyente; en él van á la par el entendimiento y el corazon; aquél presenta sus luces, éste sus sensaciones, para favorecerse mutuamente. ¿Será creíble que niegue la razon lo que el corazon desea? ¿Es posible que, suspirando sin cesar por una vida feliz, se niegue la existencia de esta vida? No es posible cuando van unánimes el corazon y el espíritu; pero esta paradoja la hemos visto realizada en aquellos espíritus altaneros, quienes, por salir con victoria en sus opiniones erróneas, circunscribieron su corazon á un círculo limitado. Sí; los deseos humanos, que tienen un horizonte inmenso, fueron estrechados á una pequeñez inconcebible: goces de un momento, riquezas que se oxidan, honores que pasan, sensualidad, lujo, gulas y abominaciones; hé aquí cuanto la filosofía presentaba al corazon humano para su satisfaccion, diciéndole en su razon depravada: «Gózate en estos bienes; comamos y bebamos, que mañana vamos á morir.» En todo esto no hay una sola negacion de la existencia del cielo; yo no veo sino una ridícula inversion hecha por la razon altanera contra las inspiraciones del corazon; se invierte el orden, pues se pretende tener

en este mundo un paraiso de placeres inmundos; quisiera el hombre malo poder pasar de una vida licenciosa á una de dicha y felicidad en el porvenir, y no siendo posible esta conmutacion, se le dijo al corazon: «No desees sino lo que la razon puede darte.»

Si no temiese fatigar vuestra atencion religiosa, me extenderia más largamente en la materia; concluyo, pues, y digo que la vida dichosa es el compendio de todos los anhelos humanos; y no pudiéndose conseguir aquélla en este mundo, necesariamente existe otra region más feliz que la presente, donde el alma encuentra cuanto desea y el corazon se expande con toda latitud. Esta vida es la bienaventuranza eterna, por la cual naturalmente suspiramos. ¡Ah! Si Dios no hubiese preparado para el alma el paraiso de eternas delicias, era preciso inventar uno para poder vivir en este mundo, donde, si hay un hombre feliz, se encuentra entre un millon de desgraciados.

Cristianos, elevemos nuestra vista á nuestra amada Sion, etc.